



cho; y como al rey le gustaba respirar el aire libre, hacia que las ventanas estuviesen abiertas.

Por ninguna razon diferia un partida de campo, ni dispensaba de asistir á ella á su nueva predilecta, aunque se hallase en cinta: abortó ésta por fin, temiendo todos cuando se anunció en la córte que ya no concebiria mas, á lo que éste (no me atrevo á decir hombre) dijo: «Y si así fuese, ¿qué me importa á mí? ¿no tiene ya un hijo? y si muriese tambien ¿no está ya el duque de Berry en edad de casarse? Si ha abortado sería una necesidad, y ni en mis viajes ni en cuanto me plazca hacer, quiero ser contrariado por la opinion de los médicos ni por las sandeces de una partera: iré y obraré segun me acomode, y que me dejen en paz.» Al oír estas palabras hasta los cortesanos se estremecieron.

Luis era tambien rey en sus amores, y obligó á la córte á inclinarse delante de sus bastardos; pero hasta el escándalo debía ser privilegio real, queriendo que los excesos de los demas permaneciesen ocultos. Y aquí se ve palpablemente lo que Sainti-Simon dice, que: «el rey era una especie de divinidad en medio del cristianismo,» porque sus errores fueron venerados lo mismo que él. Los contemporáneos respetaban lo que no habrian imitado; la Seyigné no usó ni siquiera una palabra de desaprobacion; sus amores eran presentados en el teatro bajo formas heróicas, no solo por Molière, sino hasta por el devoto Racine, y por esta razon sus contemporáneos, se hicieron cómplices de sus faltas en el mero hecho de aprobar estas obras. Sus contemporáneos, poniendo toda su atencion en la parte dogmática de la religion más bien que la moral, tenían en más las exterioridades que la virtud y el deber. El cristianismo formaba parte de la vida de entónces como otro cualquiera ceremonial, que tenia horas fijas, y el cual servia como de pasatiempo: y se asistia al sermón del mismo modo que á una comedia. Colbert, tan devoto que hizo imprimir un Breviario para su familia y lo recitaba en sus viajes, no vaciló en sacar á la Valière del monasterio de Chaillot para devolverla á los brazos de Luis.

La devocion en la córte (hablo de los primeros tiempos) era agradable, y en el tiempo de la cuaresma se tenían conciertos espirituales, cabalgatas y comedias representadas por los mejores actores, concluyendo frecuentemente las diversiones con un sermón. Cuando Luis se hizo devoto, la córte le imitó y los desórdenes se cubrieron con la hipocresia.

Cuenta Saint-Simon, que sólo una vez, durante su vida, perdió Luis la misa, y que acostumbraba á estar en ella de rodillas excepto durante el Evangelio, rezando la corona, que era casi lo único que sabia. Observaba rigurosamente la vigilia, y al aproximarse la cuaresma dirigia una exhortacion á la córte, prohibiendo comer carne á toda persona. En 1666 dijo lo siguiente: «Atendido á que nada puede atraer las bendiciones del cielo sobre nós y sobre nuestro Estado, como el hacer observar los santos mandamientos, y castigar á los que cometen el delito de blasfemar, jurar y detestar su santo nombre;» y viendo que no se observaban las órdenes precedentes, dió otras más rigorosas contra el que blasfemase «ó profiriese alguna palabra contra el honor de la Santísima Virgen y de los santos. Queremos, decia, que el que fuere convicto de este delito, sea castigado por la primera vez con una multa proporcionada á sus bienes y á la magnitud de la blasfemia, cuyas dos terceras partes se aplicarán á los hospitales ó á las iglesias, y el resto al denunciador. Si reincidiere por la segunda, tercera ó cuarta vez, será condenado á doblé, triple y cuádruple multa; por la quinta, puesto á la vergüenza en dia festivo, desde las ocho de la mañana hasta la una, despues del toque; por la sexta, conducido al patibulo y se le cortará allí el labio superior con un hierro ardiendo; la séptima, tambien al mismo sitio, y se le cortará el inferior, y si se obstinase aún, se le cortará completamente la lengua. En cuanto á las blasfemias enormes que pertenecen al género de la infidelidad, y que desconocen la bondad de Dios y sus atributos, queremos sean castigadas con penas más graves y segun el parecer de los jueces con arreglo á su maldad.» Dió bandos muy severos contra los que comiesen carne en los dias de vigilia, y contra los



párrocos que se eximiesen de predicar ó exigiesen excesivo precio por misas, bautizos y funerales. Protegió á los misioneros de Levante, garantizándoles frecuentemente con el título de cónsules, y reclamando contra la menor violencia que se les hiciese; obtuvo una capilla pública para los cristianos de Salónica y la restitucion de la iglesia de Belen, así como que los cristianos no fuesen echados de Chio y pudiesen introducirse misioneros en Alepo; y ayudó á otros para que ejerciesen el apostolado en el reino de Siam.

Tuvo por confesor al jesuita La Chaise, y despues de la muerte de éste le sucedió Tellier, de la misma compañía, el cual se inclinaba más al despotismo; y lo mucho que Luis alejaba de su persona á los demás, acrecentó el poder que sobre él ejercian los que debian verle á menudo para los asuntos espirituales. La devocion que no va acompañada de las buenas obras, es como un sepulcro barnizado, y la Maintenon se queja muchas veces en sus cartas de no hallar en el padre Tellier las emociones religiosas que ella experimentaba: «La máxima pública y general del padre La Chaise (escribe) es que los devotos no sirven para nada. Su principal religion, dice Duclos, era la creencia en la autoridad real. Ignorante en materia doctrinal, castigaba una herejía verdadera ó imaginaria, como una desobediencia, y creia expiar sus pecados con las persecuciones. En resumen, atendia á la disciplina y regularidad de la Iglesia; y todo lo que se apartaba de ella lo consideraba subversivo, castigándolo, por consiguiente; hubiera querido que ninguno abrigase dudas ni entusiasmo, ni manifestase curiosidad; y exigia que tuviesen buenas costumbres á los mismos á quienes daba tan mal ejemplo.»

Sin embargo, bajo el yugo de aquel despotismo consentido y autorizado, solamente la religion podia hacer que la verdad llegase á oídos del rey. Por insignificantes que hoy parezcan, debieron causar gran impresion en la córte estas palabras de Bossuet, pronunciada, cuando se miraba con rencor á la Santa Sede: «¡Oh santa Iglesia galicana, llena de ciencia: de virtud, de fuerza, espero que nunca, nunca

experimentarás la desventura de separarte de la comunión romana! Quiera Dios que la posteridad te vea, cual te han visto en el discurso de los siglos, esto es, ornamento de la cristianidad, luz del mundo, siempre una de las más ilustres y sobresalientes partes de la Iglesia imperecedera que Cristo resucitado estableció sobre la tierra.»

Otras veces, alabando al ambicioso monarca, le hacia entrar en la moderacion necesaria: «Tomad, señor, las saludables armas de que nos habla San Pablo; la fe, la oracion, el celo y la humildad, con cuyo auxilio puede asegurarse el triunfo en medio de los achaques y duras pruebas de esta vida. Árbitro del universo, superior hasta á la fortuna, si ésta significase algo, no teneis ya más que un sólo enemigo á quien temer; á vos mismo, Señor, á vos mismo, á vuestras victorias, á vuestra gloria, á vuestro ilimitado poder, tan necesario para gobernar el Estado, tan peligroso para regirse á sí mismo. Él, que todo lo puede, no puede lo bastante; quien todo lo puede, vuelve comunmente su poder contra sí mismo; cuando todo nos lo concede el mundo, es muy difícil negarnos nada. Pero la gran gloria, la gran virtud, consiste en saber, como vos, Señor, imponerse límites, y permanecer dentro de las reglas, aún cuando éstas parezcan ceder á nuestra voluntad.»

La naturaleza de mi trabajo no permite ocupar más espacio con otras cartas y consejos que daba él mismo en la instruccion titulada. «¿En qué consiste la devocion de un rey?» Mas sólo Dios sabe de qué modo conciliaba Luis aquellos continuos escándalos, y los efímeros y secretos amores, con la devocion de que hacia gala. Nos regocijamos al hallar que un pobre sacerdote se negó á absolver por Pascua á la Montespan. El rey se irritó con esto; llamó al cura párroco de aquel, llamó á Bossuet, pero respondieron que habia cumplido su deber; «y (cuenta la Maintenon) Bossuet habló con tal calor, introdujo tan á tiempo en su discurso la gloria y la religion, que el rey, no ocurriéndosele nada que contraponer á la verdad, se levantó conmovido, y exclamo: *No la volveré á ver.*»

Bossuet se encargó de despedirla y lo consiguió por algun tiempo. Entónces Luis, di-



rigiéndose al rígido Bourdaloue, que había predicado en la corte contra el adulterio, y aterrado con él: *Tues* de David, dijo: «Padre, debéis estar bien satisfecho de mí; madama se halla en Clagny;» pero el inflexible jesuita respondió: «Dios estaría más satisfecho si Clagny se hallase á setenta leguas de Versalles.»

Con este motivo escribía Bossuet al rey: «Mis inquietudes por vuestra salud, aumentan de día en día, porque entreveo cada vez más vuestros peligros. Os ruego ordenéis al padre La Chaise me mande razon del estado en que os halleis; y yo me contemplaré feliz si veo que la ausencia y los negocios empiezan á dar el resultado que hemos esperado... Segun vuestras órdenes, visito á menudo á la señora de Montespan, y la encuentro bastante tranquila. Se ocupa mucho en hacer buenas obras, y la veo muy conmovida con las verdades que le propongo, del mismo modo que lo hago con vuestra majestad. Quiera Dios que penetren en el corazón de entrambos, consumando así su obra, á fin de que tantas lágrimas y tantos sufrimientos como os habeis impuesto no sean inútiles.»

Los muchos amigos que, por medio de la Montespan, llegaban hasta el rey y obtenían sus favores, estimularon la pasión de éste. Bossuet acudió, pero Luis le detuvo diciendo: «No me digáis nada; he dado ya orden para que se prepare una habitación en palacio á la señora de Montespan.» Ultimamente, desterro á ésta, pero ¿podrá llamarse arrepentimiento á un cambio de amores?

Además de las cosas del alma, cuidaba también Bossuet de los intereses del pueblo, y escribía á Luis lo siguiente: «Habeis nacido con un amor decidido á la justicia, con una bondad y dulzura inapreciables: en esto ha puesto Dios la mayor parte de vuestros deberes... Vuestro trono pertenece á Dios; ocupais su puesto, y debéis reinar con arreglo á sus leyes. Las leyes que con él os ha impuesto son, que vuestro poder no sea temido sino de los malos, y que los demas puedan vivir en paz y reposo, sometidos á vuestra obediencia.»

No desconozco cuán difícil os será dar á vuestro pueblo el desahogo que necesita, en

medio de una guerra que obliga á gastos tan extraordinarios para conservar vuestros aliados; pero la guerra... os obliga también á no dejar oprimir al pueblo, por cuyo medio únicamente puede sostenerse. Tan graves males que podrán llegar á destruir el Estado, no es posible que carezcan de remedio, porque de otro modo todo se habría perdido; mas estos remedios no pueden obtenerse sino con gran cuidado y paciencia. No me toca á mí razonar acerca de ellos; pero sé muy bien, que si vuestra majestad se propone conseguir con perseverancia una cosa, si da á entender que no quiere verse burlado en este punto, y que no atenderá más que á sólidas y positivas razones, aquellos á quienes confie su ejecución, se inclinarán á su voluntad, y dirigirán su espíritu á satisfacer á vuestra majestad en su justísimo deseo. Por lo demas, esté persuadido vuestra majestad, que por muy buena que sea la intención de aquellos que le sirven en beneficio de sus pueblos, no igualará jamás á la suya... Se dice á los reyes, que los pueblos son naturalmente inquietos, y que no es posible contentarlos hágase lo que se haga con ellos. Sin remontarnos á los siglos remotos de la historia, el nuestro ha visto á Enrique IV con su ingeniosa y perseverante bondad, buscar remedio á los males del Estado, hallar los medios de contentar á los pueblos, y hacerles conocer y confesar su felicidad.»

Entretanto, sin embargo, ¡qué magnífica corte aquella en la cual Turena, Condé, Colbert y Vauban, saliendo de la iglesia donde Mascaron y Bourdaloue habían predicado con inimitable elocuencia [contra los teatros, corrían conmovidos á aplaudir á Corneille, Molière y Racine; en que se podían oír en las reuniones las críticas de Boileau, las alusiones de La Fontaine, las controversias de Pascal y de Arnauld; los amargos apotegmas de La Rochefoucauld; donde asimismo se admiraban las armonías de Lulli, los cuadros de Poussin y Lesueur, la arquitectura de Perrault; donde para la educación de los príncipes se hacían á propósito impresiones por los mejores eruditos, y se escribían el «Discurso sobre la historia universal y el Telémaco.» En los jardines de Ver-



salles, llenos de seducción y voluptuosidad, se encontraba la «alameda de los filósofos,» en la que paseaban Fenelon, Fleury, La Bruyère, Pelisson y otros, y se veía á Bossuet resolver las dificultades propuestas acerca de la Sagrada Escritura, explicar un dogma, discutir un punto de historia ó una cuestión filosófica. Reinaba allí entera libertad, se hablaba indistintamente de todo, sin embarazo ni pretensión de ningún género: con las graves cuestiones de religión y de filosofía se mezclaban reflexiones sobre las nuevas obras de literatura que llamaban entonces la atención del público; y muchas veces Bossuet, llevado de su gusto por todo lo que era grande y sublime, recitaba con admirable memoria los mejores trozos de los autores antiguos y modernos.»

Tal era el séquito con que Luis XIV se presentó á sus contemporáneos y á la posteridad; y si bien aquellos grandes hombres fueron hijos de la anterior revolución y se formaron en la escuela de los grandes negocios, la gloria se da siempre al que manda, no al que aconseja. Luis se enorgullecía de los ministros, de los generales, de los artistas y de los escritores que produjo su siglo, como si fueran creaciones ó emanaciones de su genio, y aún creía que era hacer un robo á su gloria el que alguno se distinguiese sin su apoyo.

Ha dicho uno de sus compatriotas que «á los franceses les agrada gastar librea,» y con tal gusto es natural que se aprecie más á quien la dé más lujosa y galoneada. Entonces fué cuando se conoció verdaderamente aquel adagio: «Al ejemplo del rey se forma el mundo.» Enrique IV, amante de la guerra y de las maneras soldadescas, no podía inspirar á la nobleza el gusto y la delicadeza que él desconocía, pero supo introducir el amor á la galantería. Esta, obligada en el reinado de Luis XIII á revestirse de devotas apariencias, se vengó durante la Fronda, con el desarrollo del libertinaje, auxiliador del puñal y del veneno: mujeres de alta clase, pero licenciosas é intrigantes, imponían el tono á la sociedad, que todo era contradicciones y mordacidad, y donde la mofa no perdonaba ni las cosas más serias y sagradas, corrompiendo el buen gusto con la

exageración, la moral con el ridículo y el buen sentido con las pasiones. A depurar esta escoria vinieron las *preciosas*, que merecieron las picantes burlas de Molière; pero es preciso condescender con nuestra pobre humanidad, que no sabe apartarse de un exceso sin caer en el extremo opuesto. Gran nombradía consiguieron las tertulias que mantenía Catalina de Vivonne, hija de un tal Pisani y de una Savelli, y viuda del marqués de Rambouillet, guarda-ropa mayor de Luis XIII. En su palacio, situado en la calle de Santo Tomás del Louvre, reunía las reliquias de la corte italiana de Catalina de Médicis, y todo lo más selecto del país, desde Richelieu, Condé y Corneille hasta aquellos que no tenían otro mérito más que su limpieza de sangre ó vivo ingenio. Ornamento y vida de estas reuniones era Julia de Angennes, primogénita de aquella familia, tan hermosa como instruida, y amante de todo el que se distinguía por su talento. Reina de los ingenios, incomparable *artenice*, permitió que el duque de Montosier la hiciese la corte por doce años consecutivos, hasta que viendo que la flor de su juventud y de su belleza se iba pasando, se casó por fin con él. El duque entonces la regaló una «guirnalda de Julia,» en que á cada una de las flores acompañaba una composición de algún autor célebre, escrita en su elogio.

Esta es una muestra de la afectación de las maneras, de los pensamientos y de la conducta que reinaba en aquella sociedad, donde sin embargo, se secundaba la obra del rey mejorando la Francia con purificar la lengua y las costumbres, desterrando la tosquedad que los tumultos pasados habían dejado, y ennobleciendo los ánimos y la conversacion. Y cierto que aquellas primeras preciosas aparecen distintas de las sucesivas que las exageraron. La reputación de una conducta virtuosa era su primera pretensión; después la delicadeza en los modales, la pompa en el ingenio y la pureza en el hablar. No habrían podido tolerar que se profanase una palabra sagrada, diciendo: «Yo amo el melon, pero decían yo estimo;» habían querido una ortografía más conforme con la pronunciación, á fin de que también las mujeres escribieran con tanta correc-



ción como los académicos, y en efecto, quedaron algunas correcciones que se introdujeron en aquel tiempo.

Placeres elegantes, una devoción discreta y un resto de oposición, servían para difundir la gracia y la elegancia perdidas, así como los salones de la Stael y de la Recamier después de la revolución. A aquellos placeres del espíritu asistía todo lo mejor que tenía la Francia. Voiture disputaba si debía decirse *muscardin* ó *muscadin*, y si debía desterrarse ó no la conjunción *car*; Corneille leía tímidamente el *Cid* ó el *Polieucto*; Molière sentía renacer sus fuerzas cuando cerca de él oía una voz que gritaba: «¡Valor! este es un verdadero cómico;» Bossuet de diez seis años declamaba allí á las altas horas de la noche su primer discurso, y el chiste de Voiture: «Yo no he oído predicar ni tan pronto, ni tan tarde,» sirvió para hacerle célebre. En aquellos círculos se leían la *Atalia* de Racine ó el último soneto de Benserade, los sermones de Bourbaloue ó las máximas de La Rochefoucauld; se pesaba su mérito, y aquellos juicios que pasaban por irrecusables, formaban el fondo de los que Boileau eternizó en su *Arte poética*. Los nobles debían aspirar también á este modo de figurar, y pasar más allá que los doctos en la afectación de saberlo todo sin haberlo aprendido. La afectación, pues, era la que precedía á la rectitud del gusto, y este deseo de darse á conocer por un talento cultivado, hacia que se dedicasen á la instrucción y á la cultura, hasta entónces inusitadas entre la nobleza.

Pero pronto se degeneró; personas de condición baja y de corto ingenio quisieron emular aquellas maneras y aquella viveza de talento, y cayeron en la afectación del culteranismo y del ingenio. Estas falsas preciosas se fijaron ciertas reglas para hablar, no ménos inexcusables que las de la caballería; á cada momento usaban citas antiguas y modernas; á los nombres de bautismo reemplazaron otros, sacados de las voluminosas novelas tan aplaudidas en aquel tiempo; al vocablo propio sustituyeron locuciones, de lo cual resultó una gerigonza peculiar suya, tan confusa, que al fin les costaba trabajo entenderse entre sí; por

lo que Menaje escribió la *Súplica de los diccionarios*, contra la ruina que amenazaba á la lengua.

Las cultas pasaban entónces la mayor parte del día en la cama, recibiendo desde ella las visitas, conversando, y las jóvenes esposas recibían los plácemes en ricos lechos, rodeadas de rasos y de aromas. Al nuevo adepto le servían de introducción en la cámara del genio un *rondeau*, un enigma ó un billete, siendo todo ello la refinación del talento; el alcobista introducía descaradamente al afortunado, el cual desde aquel instante quedaba hecho «precioso,» así como también eran «preciosas» las palabras que salían de su boca. Epigramas, sonetos, billetes y chistes agudos eran el pasto de todos los días, y debía saberse todo y conocer el fondo de las cosas, hubiéranse estudiado ó no. Como vestigios de la caballería solíanse todavía consagrar los jóvenes á cualquiera dama, y de aquí también que toda dama escogiese un predilecto, al que prodigaba títulos y demostraciones, pero nada más, porque la más pequeña idea «carnal,» como ¡ellas decían, sería bastante para desterrarlos de aquel Olimpo; tenían siempre en boca la palabra *obscenité*, y decían que era «acanallarse» el descender á tratos ménos cultos. Voiture, que escribió tantas cartas apasionadas á Julia de Angennes, corrió peligro de una eterna desgracia por haber querido besarle el brazo un día. Allí, pues, el egoísmo se cubría con la máscara de un sentimiento más ó menos falso; toda necesidad adquiría importancia; dos líneas de una carta ó chiste feliz eran repetidos, imitados ó comentados; un madrigal de La Sabliere, un cuarteto de Benserade eran saludados como un gran acontecimiento; y de muchas de aquellas damas se conservan las memorias ó las vidas. Artenice aparecía allí ya de Diana ó bien de amazona; un día se la vió sobre la cumbre de un montecillo y ligeramente vestida, rodeada de ninfas con lirias y guirnaldas, para recibir á un druida, es decir, á un obispo.

Vino después la corte, y según el ejemplo dado por ésta, todo estuvo lleno de amores y devociones, de heroísmo y de literatura. La fe conyugal fué escarnecida en las comedias de



Molière, y escandalizada por el ejemplo del rey, que cubría el decoro con capa de nobleza. Para que pudiese presentarse en carroza con la reina, con la Vallière y con la Montespan, y hacer que el Parlamento legitimase sus bastardos, era necesario que las costumbres de aquel tiempo no lo repugnasen; pero después que el rey presentó los suyos, afluyeron á Versalles los bastardos de todos los príncipes. El cortesano era pródigo en el juego, en los equipajes, en la caza y en el lujo: disipaba sin cuidado y con estrépito, pues la avaricia hubiera sido una falta imperdonable, y no miraba á nadie más que al rey.

Sin embargo, cargado de adornos y bordados, corría á hacerse matar como héroe; la juventud principiaba su carrera en los campos de batalla como si fuera á una fiesta; se llevaban libros para estudiar en los campamentos, y de las tiendas de campaña salieron Saint-Evremond, Descartes, Vauvenargues y Bussy, llamado el Petronio francés; entre los peligros de los bombardeos de Argel, en las batallas dadas á orillas del Rin y en las minas de Candía, el espíritu francés lanzaba chistes y moría chanceándose.

En la corte, donde bajo el fausto universal se olvidaban las distinciones, los hombres mismos comparecían adornados, cargados de bordados, fajas y cintas con lujosa espada al lado, con gestos acompasados y enermes pelucas. Por alusión á los libros de gran volumen se llamaban *in folio* aquellas que caían en rizos sobre la espalda y el pecho, introducidas por el abate De la Rivière en 1630; las de la corte pesaban hasta dos libras y media, siendo preferidos los cabellos rubios, que se pagaban desde 50 á 80 francos la onza, y á veces una peluca solía costar 3.000 francos. ¡Cálculése cuánto costaría el sostenerla! Las señoras también se excedian en gastarlas muy grandes; y cuando en 1714 se presentaron dos señoras inglesas para ver cenar á Luis XIV en Versalles, causó asombro y excitó la murmuración de los cortesanos el verlas con el peinado bajo.

Entonces el gran rey, oyendo las causas, las hizo aproximar, y encontrándolas bellas y bien formadas, las elogió, añadiendo que si

todas las señoras tuvieran juicio, se peinarían del mismo modo. Esto bastó para que toda aquella noche trabajasen las damas en achicar sus pelucas, quitándolas dos de los tres pisos ó órdenes que tenían, y toda la armadura de hierro que las sostenía, compareciendo después á la mesa con un piso solo. Con trabajo podían ellas contener la risa al verse las unas á las otras con aquel tocado que parecía extraño por lo inusitado; pero el gran rey las elogió, y nada más fué necesario para que todas las cabezas femeniles que había en París se humillasen hasta el mismo nivel.

El ruido que excitó el peinado de las inglesas distrajo la atención de otra novedad que se encontraba en su traje; consistía ésta en unos enormes aros de barbas de ballena, que sostenían extremadamente huecos los vestidos. Al presentarse aquellas en las Tullerías, se reparó en esta circunstancia, y fué tanto el gentío que se reunió en su derredor, que tuvo que acudir la guardia en su auxilio. Esta aventura dió mucho que hablar, y las damas comenzaron á llevar guarda-infantes en casa, diciendo que les parecían muy útiles en aquel estío tan rigoroso (era en 1716); y no atreviéndose á salir con ellos de día, lo hacían por la tarde, evitando el entrar por las puertas ordinarias. De este modo comenzó el mundo elegante á irse acostumbrando á ellos, y á fuerza de encarecer su comodidad se generalizó su uso. El presidente de Mesnières, de quien tomamos esta historieta, añade que en su tiempo (1733) las más modestas llevaban tres varas de circunferencia, y diez de tela de seda, que era lo que empleaban en una basquiña; llamaban janseñistas á otra clase de guarda-infantes, que sólo llegaban hasta la rodilla.

Así como este adorno manifiesta el carácter exterior de aquel tiempo, el interior se descubre en el espíritu de la conversación y de la sociedad, que da el fino tacto de la vida y de las cosas, el sutil conocimiento de la urbanidad y del ridículo, la delicadeza en el hablar, y que anima á la literatura de entónces, expresión viva de los hombres y del mundo; tanto, que no hubieran podido brillar en otra parte la Sevigné Molière y la Fontaine.